



LA OPOSICION POLITICA AL FRANQUISMO

Luis Pasamar

Hartmut Heine.
La oposición política al franquismo.
Ed. Grijalbo.
Madrid, 1983.

Durante décadas el exilio español se nutrió de un mesianismo esperanzador: *El año que viene en Madrid* es el título de una novela que resume gráficamente el afán de retorno de los expatriados. Nunca dejaron de pensar en la vuelta quienes emprendieron la ruta del éxodo tras la derrota de los ejércitos republicanos.

Pero el tan esperado año nunca llegó; hubo que aguardar la muerte del dictador para que regresara tan sólo un puñado de hombres en su mayoría políticamente acabados. Con acopio de datos, Heine nos cuenta lo que podríamos llamar la historia de un fracaso. Los intentos y las frustraciones que los vencidos del interior y del exilio trataron de llevar a cabo para acabar con la dictadura. El exilio, pese a sus ímprobos esfuerzos, no logró derrocar el franquismo, sin duda porque el esfuerzo que se le exigía estaba por encima de sus posibilidades, pero nunca escatimó hombres, y su voz en el desierto fue, sin embargo, el dedo acusador que cuestionaba la legitimidad salida de la victoria militar, y que denunciaba el carácter represivo del franquismo.

Determinar con precisión cuándo se inicia y cuándo concluye un proceso histórico, apresar mediante una fecha o un dato el momento en

que se produce un cambio sustancial en la vida política, resulta a menudo harto problemático. Pero no es por azar o por conveniencia de investigador que Heine concluye su historia en 1952. Por esas fechas se han desvanecido las esperanzas que los partidos políticos habían puesto en derribar la dictadura a través de pactos y plataformas entre distintas fuerzas, o con el apoyo de las grandes potencias, que corrieron un tupido velo sobre la estrecha vinculación del franquismo con las dictaduras de Hitler y Mussolini y el apoyo que éste brindó a las fuerzas del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, pese a las enormes dificultades económicas por las que atraviesa el régimen, éste ha logrado consolidarse, y mediante el terror ha neutralizado a los partidos de izquierda salidos de la guerra civil. A la vuelta de unos años el franquismo sería internacionalmente admitido, y al socaire de la «guerra fría» el capital afluiría a España.

El método

El texto de Heine fue inicialmente una tesis que su autor sostuvo en la Universidad de Londres, y a cuya redacción dedicó años de investigación. Fiel a cierta tradición historiográfica británica, Heine expone escrupulosamente los hechos y deja que ellos hablen por sí mismos. Por supuesto no deja de analizar los datos presentados, y aunque apenas se nota la presencia del historiador, se percibe una velada toma de posición; la objetividad histórica no está reñida con las simpatías del historiador.

Además de manejar una abundante documentación de los más variados orígenes: libros, folletos, artículos de prensa escritos en distintas lenguas, documentos del *Foreign Office*, correspondencias personales, inéditos, Heine recurre de forma sistemática a las entrevistas personales con los testigos o protagonistas de la historia. De esta suerte ha ido acumulando una riquísima información de primera mano que luego ha pasado por el tamiz de un riguroso aparato crítico, y a menudo ofrece varias y distintas versiones sobre un mismo suceso.

Aunque sólo lo toca de refilón, ya que no es el objeto esencial de su obra, Heine destaca la gran capacidad represiva que el régimen aplicó en sus primeros años de existencia, y analiza algunos de los mecanismos jurídicos y policiales sobre los cuales se asentaba la citada represión. La lectura de su prosa sobria y a menudo fría, pero sin retórica ni paja aunque rica en grano, resulta tanto más desgarradora por su parquedad. Sabemos así que cientos, miles de anónimos militantes de las principales organizaciones obreras dejaron sus vidas en

la lucha. Hombres y mujeres que tras sufrir meses o años de cárcel y torturas apenas salían en libertad reanudaban la lucha clandestina que en muchos casos terminaría con la prisión de nuevo o el piquete de ejecución. Hombres y mujeres que, venciendo escrúpulos, prestaron su ayuda a las potencias aliadas en espera de que éstas se acordarían de España y que nada recibieron a cambio. Heine pone en evidencia el papel tan poco elegante, valga la expresión, que desempeñaron las embajadas británicas y norteamericana en esa labor de movilización con fines particulares y cómo los militantes que se prestaban a repartir propaganda aliada o cursar información se vieron luego abandonados. Algún día habrá que reivindicar la labor de esos oscuros defensores de la democracia, cuyo nombre tan sólo está grabado en algún archivo carcelario.

La herencia de la guerra

La izquierda española salió dividida de la guerra civil; no quiere ello decir, ni mucho menos, que durante la misma hubiera estado unida. Estaba dividida y enfrentada, y en tierras del exilio la división se agudizó ya que el proceso desintegrador alcanzó al seno de los propios partidos, salvo el PCE cuya división se manifestaría al cabo de un tiempo.

En tres corrientes se hallaba desgarrado el PSOE: caballeristas, prietistas y negrinistas. El enfrentamiento entre Prieto y Negrín se prolongó en el exilio e imposibilitó la formación de una plataforma común a todas las fuerzas antifranquistas. Negrín, cuya postura durante la guerra civil coincidió con la estrategia del PCE y que se mantuvo con el apoyo de este partido, sostenía la necesidad de colaborar

con los comunistas en defensa de la restauración de la República mientras Prieto, guiado por un anticomunismo visceral y escéptico en cuanto a la posibilidad de restablecer un sistema republicano, se inclinó desde un principio por buscar la colaboración de la derecha monárquica en la creencia de que las naciones que habían derrotado a Hitler y Mussolini no podían dejar en pie un régimen que se había impuesto con la ayuda de los dos dictadores fascistas.

También el movimiento libertario, cuyo peso en la sociedad española, y en particular en el mundo del trabajo, había sido decisivo, se hallaba dividido y enfrentado. La colaboración gubernamental de la CNT durante la guerra había traumatizado a los libertarios, y este trauma les llevaría a una escisión. Por un lado, los que seguían creyendo que la colaboración con las demás fuerzas no había concluido porque sólo un congreso de la organización confederal podía modificar los acuerdos tomados en el 36, y que por consiguiente era necesaria la unidad de todas las fuerzas antifranquistas. Libertario hubo partidario de colaborar con los monárquicos, y se celebraron reuniones con el conde de Aranda que había sido Ministro de Exterior con Franco pero que no ocultaba sus simpatías por la causa de don Juan. El otro sector de los anarquistas consideró que la colaboración gubernamental había sido un error doctrinal de bulto y que la CNT debía mantenerse al margen de las componentes políticas y fiel al anarquismo bakuninista esencialmente apolítico y partidario de la acción directa. Se daba así la paradoja de mantener una estructura sindical que carecía de base social, ya que en tierras del exilio una organización que no participa en las luchas obreras difícilmente tiene razón de ser. La CNT

desempeñó a pesar suyo una actividad política o revolucionaria, según se mire, encerrándose en un ghetto de pureza ideológica pero que, poco a poco, se fue cortando de la realidad de origen. La división de la CNT fue una de las causas que imposibilitó la creación de un organismo unitario en el que todas las fuerzas se hallaran representadas.

Además de estas divisiones y enfrentamientos se produjo luego un divorcio entre las fuerzas del interior y las del exilio. Los militantes de las distintas organizaciones que se habían quedado en España trataron de organizarse y de llevar a cabo una actividad de hostigamiento al régimen partiendo de presupuestos político e ideológicos que no siempre coincidían con la postura de los estados mayores del exilio. Surge así una organización comunista desvinculada del exterior y que sostiene posturas en franca oposición con el Comité Central, vinculado éste a las directrices de la internacional comunista y, por consiguiente, a los intereses estratégicos de Moscú. Nace así lo que luego pasará a la historia como el caso Monzón, Quiñonero o Comorera. La dirección comunista del exterior desautoriza primero y condena después la postura de estos camaradas al igual que el Comité Nacional en el exilio de la CNT desautorizaría la labor desarrollada aquí por un Juanel, partidario de la colaboración política con las demás fuerzas de izquierda, o la de un Luque, libertario partidario de la acción mancomunada con los monárquicos y feroz antirrepublicano.

Tampoco los partidos republicanos o nacionalistas escaparon a ese fenómeno desintegrador. Se producen escisiones y subdivisiones hasta que se convierten en capillitas que carecen de toda base so-

cial. Se da así la paradoja de siglas sin militancia o gobiernos que se suceden sin medios económicos y población a la que gobernar. La resistencia al sistema, la defensa de los valores de la democracia, o la acción política pacífica o violenta correría a cargo de sectores de las organizaciones sindicales o de los partidos políticos empeñados en la lucha revolucionaria. La abnegación y el espíritu de sacrificio tanto de los hombres que del exilio iban a engrosar las filas de los resistentes del interior como los que aquí se lanzaban a la acción clandestina, se hizo a menudo en contra o sin tener en cuenta para nada la política general del gobierno en el exilio o las directrices de sus propias organizaciones.

Con minuciosidad de relojero suizo Heine se entrega a desmenuzar las sucesivas y contradictorias tomas de posición del Partido Comunista, no siempre en consonancia con los propios intereses de la clase obrera española sino que sus posturas estaban alienadas a las necesidades estratégicas de la URSS. Y mientras Prieto espera y confía —él, curiosamente, que nunca había creído en la posibilidad de una victoria sobre Franco por las armas— sigue, sin embargo, aferrado a la creencia de que sólo mediante el apoyo de las democracias occidentales se logrará la caída del dictador. Ignoraba el dirigente socialista que tanto Inglaterra como Estados Unidos no querían correr el riesgo de una segunda guerra civil en nuestro país por temor a que saliera victorioso el Partido Comunista. Franco supo mantener cierta neutralidad a partir de 1942 —y ello por los motivos que fuera— y estas dos potencias no estaban dispuestas a «intervenir directamente en los asuntos españoles». Con esta fórmula no

exenta de cinismo político se daba por terminado el caso español. De ahora en adelante los republicanos españoles deberían hallar ellos solos, sin la ayuda de nadie, el camino de la democracia. Quizá el gran error, si error hay, consiste en que los republicanos llegaron tarde a esta conclusión, y el otro gran fallo es que no supieron, ¿era esto posible?, admitir que habían perdido el tren de la historia. Difícilmente se admite la derrota. Uno cree haber perdido porque alguien ha fallado, y se aferra a esta idea como a clavo ardiente. La razón estaba de su parte, la historia y la justicia también, pero lamentablemente todos estos principios de nada sirven cuando no se dispone de los medios, la fuerza para imponerlos, para hacerlos prevalecer. Acaso si se hubiera hecho un análisis colectivo, una especie de autocrítica común y se hubiera admitido la derrota se hubiera podido partir sobre bases nuevas. Pero el peso de la historia reciente era tan enorme que cualquier proyecto colectivo topaba con los resquemores engendrados en el pasado reciente.

La dirección de los partidos políticos o sindicales había, sin duda, llegado a la convicción íntima de que la batalla por derrocar al franquismo estaba perdida, pero en las declaraciones públicas seguían aferrados a la posibilidad de un pronto retorno. La gran masa de los exiliados se despedía de las fiestas de año nuevo con un: «el año que viene los turrónes en España». Salvo un puñado de hombres que tomó las armas en el interior, y los sucesivos grupos de maquis que procedían del exterior que pudieron sumar 5, 10 ó 20 mil hombres en total —qué más da frente al gran aparato represivo de un Estado totalitario dispuesto a todo— poco era lo que se podía

hacer. La responsabilidad histórica del exilio o de la oposición del interior estaba por encima de sus fuerzas o de sus posibilidades. No está nunca de más enjuiciar, analizar o criticar posturas individuales o colectivas, y al hacerlo con el texto de Heine ante la vista no podemos por menos, a tomo pasado claro está, que deplorar la falta de agudeza política de dirigentes cuyas reacciones, hombres al fin y a la postre, tomas de posición, eran a menudo determinadas por rencillas personales, afán de liderazgo o prurito. El personalismo, esa tara tan celtíbera, malogró más de una necesaria como ineludible acción común.

**EL MARXISMO:
CONTRADICCIONES
Y
ANOMALIAS**

Miguel Porta

Alvin W. Gouldner.
Los dos marxismos.
Alianza Ed.
Madrid, 1983.

Alvin W. Gouldner es uno de los sociólogos norteamericanos contemporáneos mejor conocidos en lengua castellana que, al mismo tiempo, goza de bastante buen cartel (cosa rara por estos pagos en donde la sociología americana suele ser tachada y rechazada, a veces demasiado a la ligera, por burguesa). De Gouldner disponemos en castellano de *La crisis de la sociología occidental* (Amorrortu, 1973), *La dialéctica de la ideología y la tecnología* (Alianza, 1978), *La sociología actual: renova-*

ción y crítica (Alianza, 1979), *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase* (Alianza, 1980) y *Los dos marxismos*, obra de reciente aparición y a la cual vamos a referirnos.

Los dos marxismos constituye el primer volumen de una interesante trilogía dedicada al marxismo —trilogía que no se completará a causa de la prematura muerte del autor en 1980— en la que Gouldner somete a crítica la teoría marxista a partir de las tesis de la conocida como nueva filosofía de la ciencia (en especial basándose en los conceptos de paradigma, anomalía, crisis de las teorías, etc., elaborados por Kuhn, uno de los máximos representantes de la nueva epistemología).

Grosso modo diremos que para Gouldner el marxismo (el de Marx y Engels) incurre en dos tipos de contradicciones: internas y externas. Las contradicciones internas, que se derivan de los intentos de la teoría por ajustarse a su propia gramática, se traducen en la aparición de dos marxismos (el científico y el crítico) que son hasta cierto punto excluyentes pese a que los dos son parte integrante del marxismo. Dicho en otros términos; el marxismo primario contiene una «contradicción nuclear» que genera y reproduce constantemente los dos subsistemas citados: el marxismo científico (racional, gradualista, con pretensiones de cientificidad, etc.) y el marxismo crítico (ideológico, subjetivista, humanista, volcado a la práctica transformadora, etc.). Estos dos marxismos serían el producto de la «tensión nuclear» que existe en el marxismo entre determinismo y voluntarismo, entre necesidad y libertad. Conviene resaltar, nos dice Gouldner, que esta contradicción no es, en modo alguno, aparente ya

que los dos marxismos son diferenciaciones estructurales de un solo marxismo originalmente indefinido; será con el tiempo que surgirán los dos marxismos como consecuencia, en parte, del esfuerzo puesto en reducir las reales tensiones internas del marxismo original. En cualquier caso, se nos aclara, estos dos marxismos hay que entenderlos no como «objetos concretos», sino como «distinciones analíticas», «tipos ideales» o «hipótesis para un análisis». Por lo demás, y un poco en contradicción con lo dicho anteriormente, estos dos marxismos son entendidos por Gouldner como *dos* paradigmas que difieren en su epistemología, estilo de conocimiento, modo de análisis, manera de concebir y cambiar el mundo, etc.

Por su parte, las contradicciones externas, generadas por condiciones externas a la gramática, son definidas como anomalías (observaciones o supuestos que están en conflicto con expectativas derivadas de la teoría). Esto es, ciertas investigaciones o aplicaciones concretas de la teoría, así como cierta información proporcionada por la realidad son disonantes con el esquema teórico. Entre estas anomalías o problemas «prácticos» que aparecen «fuera» de la teoría y que cuestionan el paradigma marxista, Gouldner destaca las siguientes: existencia del modo de producción asiático que pone en entredicho el desarrollo unilineal de la evolución social (los famosos cinco estadios); estudios de Engels sobre la comuna primitiva que cuestionan la importancia universal de la lucha de clases; valoración positiva de la vía parlamentaria por los viejos Marx y Engels, lo que vendría a negar la inicial vía revolucionaria violenta; la autonomía del Estado constatada por Marx en *El 18 Brumario*